

FOLIÓSFERA

UN ENSAYO SOBRE ACORTAR LA DISTANCIA ¹

CAROLINA SILVA LURDUY

|

Los muros nos paralizaron, nos encerraron. Detrás de las paredes sólo encontramos entes que se tornaron extraños de un momento a otro. Algunos, criaturas que no se habían visto a sí mismas, que no se habían explorado ni encontrado dentro de su propio espacio interior; de frente, nos encontró la incertidumbre, la imposibilidad de no poder hacer nada, la impotencia. Individuos que embistió el tiempo. Delante de sus pantallas, no pudieron encontrar ni un solo momento, abrumados, ni siquiera pudieron encontrarse a sí mismos: los edificios convertidos en sus propias cavernas, el trabajo, el tiempo, bestia imparabile; las ventanas, reflejo del encierro, ansiedad, soledad. Todo se convirtió de repente en acantilado pedregoso, doloroso, afilado, imposible de transitar. Un halo extendido desde afuera que no permitió ver el faro.

Para los que viven en las ciudades el espacio se acortó entre ellos mismos. Si nos alcanzábamos a ver en los reflejos de nuestras ventanas y de los vidrios interiores, era, tal vez, la mayor reverberación de lo que antes no habíamos visto. Aunque nos percatamos rápidamente del asunto, lo que había allí era la barrera misma creada para contemplar superficialmente a la frontera, a veces impenetrable, para acceder al mundo. Dentro de las cajas construidas para habitarnos, hemos creado la más larga de las distancias. Nos refugiamos en ella porque tememos el exterior. Ese monstruo que no es tal, retorna de frente, se vuelve más grande entre más se alarga esa longitud. Con el halo extendido desde afuera, ese abismo ha crecido ahora más que nunca, se expande como un eco que rebota entre montañas, interminable. Las ventanas del paraíso de cristal donde habitamos en la modernidad se quiebran en medio de todo porque el silencio y el vacío humano nos chocaron contra el mundo.

En nuestro encierro, la naturaleza se abrió en medio de ese vacío perpetuo. Volvió a encontrar su plaza. Ese momento en el espacio y tiempo que le pertenece. Una cierta distancia. Esa raya invisible con el otro, le permitió recuperarse de la invasión permanente de lo humano. Cada uno, reflejado en su ventana, dentro y fuera del mundo.

Enterrarnos nos permitió ver, por un lapso de tiempo, la soledad y el caos de los otros seres sintientes que se abrieron de tal manera sin predecirlo, hacia el universo conjunto que alguna vez fuimos.

¹ Ensayo narrativo IV. Propuesta ganadora de la Beca en escritura sobre Artes Plásticas, categoría: Red Galería Santa Fé. Escrito a propósito del laboratorio *Foliósfera*, proyecto ganador de la Beca de programación GSF, categoría: Laboratorios de prácticas artísticas experimentales en El Parqueadero 2020.

Acortar o extender esa distancia es lo que nos corresponde ahora que el mundo paró. Entender ese sonido de la naturaleza que se metió en la ciudad como grito abrumador, como fatalidad permanente. Desde las ventanas admirar ese diseño, preguntarnos ¿qué tanto estamos reconociendo ese paisaje? ¿Qué tanto contemplamos el nuevo prospecto de la bóveda en la cual estamos inmersos?

II

HABLAR SIN VOZ

Llevo unos meses muda, encerrada, sin poder hablar de las cosas del mundo.

Apartada, viéndolas desde adentro, evito todo contacto externo. Soy como una niña pequeña que no ha aprendido a hablar, sólo encuentra en su interior la respuesta de no tener aún la lengua. Nombro señalando, escucho atentamente, reproduzco en el silencio lo que contemplo. Si pudiera gritar lo haría pero el emparedamiento me quitó la voz completamente. Solo puedo sentarme a escribir mientras ustedes escuchan esto e intentan imaginarme entre mi cárcel, observando por la ventana, leyendo un libro, contemplando a los que pasan, anhelando el nuevo despertar del planeta. Las palabras son mi cueva nuevamente. A veces, me observo detenidamente en ellas fingiendo que estoy sobre el paisaje y puedo salir sin la angustia que eso me produce.

Todo empezó en los albores de marzo, ya no sabemos muy bien qué día y a qué hora exacta. Creció como un brote de neblina inesperado que se robustece cada vez más, como aquellas nubes que aparecen en las alturas de las carreteras de un momento a otro, justo antes de descender a los pueblos que se asentaron en las montañas.



Sin que sepa mucho del tema se llama agorafobia y es el miedo a los espacios abiertos.

Yo lo llamaría estar en el afuera. La angustia se despertó aún más con ese halo que pobló de un momento a otro mi garganta y el ritmo continuo de mi respiración. Interrumpió, sin que me diera cuenta, el ritmo del metrónomo que marcaba mis pulmones. La distancia y el temor a los demás aumentó aún más. Se cerró la posibilidad de hablar de cerca, de tocar a los otros, incluso hasta de verlos. Enclaustrada en la pantalla, poco a poco me fui apartando. La respiración, por momentos, también se detuvo. De repente, se creó un abismo irreparable. Encerrarme en lo concreto, aislarme de lo que conocemos del mundo, conocer la realidad sin hablar, sin repetir lo que nombra la esencia de cada cosa fue el único camino, extrañamente, para sanar.

La única salida posible dentro de la bóveda, oscura y sin palabras, fue la escritura. El único momento posible de encuentro con lo que habita el exterior fue garabatear y leer lo que otros habían escrito. *Escribir es gritar en silencio*, decía Marguerite Donnadieu. No encuentro mejor manera para hablar que callando en ese silencio, comunicarme por este medio, escribiendo. Como tampoco se puede ya leer los labios de los otros para descifrar lo que hablan, debemos reunirnos en torno a lo que hemos expresado callando. Y, aunque antes eso era una obviedad, para mí se convirtió en el horror absoluto. Ahora nos escuchamos menos. Nos ahogamos más.

III

LA DISTANCIA

La distancia la define el tiempo. El intervalo que toma llegar de un punto a otro. Un recorrido que se mide por otro concepto más abstracto aún. Ese momento recorrido que no podemos nombrar porque sólo corresponde a los pasos entre un punto y otro, la medida de lo que vemos de lejos o cerca, el movimiento que nos implica llegar a un destino o el sonido que llega primero que la imagen. También el espacio, la lejanía o cercanía: qué tan próximos estamos de lo otro, de objetos o animales, de sensaciones y percepciones, ¿cómo sentimos, ahora, lo exterior, lo ajeno a nuestro cuerpo? ¿Qué tanto nos alcanza la distancia para distinguir y reconocer lo que se nos presenta de frente? Si lo reconocemos, lo sentimos, lo habitamos realmente, o no. Aunque había aparecido hace bastantes años ya, aunque no la percibíamos tangencialmente, la distancia entre nosotros, las cosas del mundo, seres sensibles y sintientes —no solo humanos—, se instaló en un infinito silencio.



Entre la bóveda habitada en estos tiempos busqué acercamientos. Paseos por los mapas y las fotos de la virtualidad, los recorridos por museos, las afamadas redes donde ahora se supone que está todo, que estamos todos. Encontré mucho, al tiempo que me reconocía en un inmenso vacío. Salir y tocar ya no era una opción y la distancia en mí con el mundo, se hizo más larga y más profunda. Un hondo hueco perforado por nosotros mismos, donde la luz no entra. Nos toca mirarnos en tinieblas, desde la leve distinción de las sombras.



No poder salir de casa es también un miedo a los sentidos. Sentir y vivir en la experiencia.

Pero es que ya nadie aguanta un encierro más, me decía el otro día mi amiga que perdió su árbol y su pájaro. Producto también de ese enorme abismo —pensé yo en ese entonces—.

He creado el reflejo contrario. Me he encerrado en mí misma.

Me han puesto la tarea de buscar alguna excusa para salir paulatinamente y enfrentar el miedo de a pocos, encontrarme con la cotidianidad de a pasos lentos. Me esfuerzo por salir del encierro. El silencio del confinamiento se ha ido. Han comenzado a sonar algunos golpes, empezaron a taladrar las calles queriendo restaurarlo todo. Pero ya nada es normal y si así lo fuera, somos todos ya distintos. Cuando salgo siento un vacío inmenso y eso es lo que me produce la transpiración y la resistencia.

No hay ya ni un alma aunque todo el mundo pretenda retomar su vida y recomenzar de cero. He empezado a nombrar las cosas del afuera para condicionar y habituarme a esa realidad que inventamos.

El proceso es lento, como el de un niño que descubre las palabras y entiende apenas lo que hablamos. Los humanos nos comunicamos produciendo sonidos desde la boca hasta señalar la esencia de las cosas. No poder nombrar el mundo sin poder salir hace que se extienda ese silencio. Ese niño cree que cada objeto responde a un nombre natural y yo tengo que inventarlo todo.

Debe volver a salir para encontrar la esencia de las cosas. Entender cómo se conforma, de qué manera podemos existirlo y sobrevivirlo, ahora, después de ese vacío extremo y con ese halo que se extiende por todos los rincones es difícil hacerlo. Aprender a respirar, señalar los cuerpos, reconocer en ellos su propia voz y lenguaje. Me han recomendado que intente sentir el entorno, reconocer las formas de los objetos que antes no veía, ver los colores en los que ni siquiera me fijaba.

Voy saliendo de a pocos. Y en mi búsqueda encuentro entonces aquel laboratorio de experimentación con la naturaleza y arte que empezó a cambiarme la percepción de todo este nuevo mundo: Foliósfera. He venido hasta aquí a tientas, de algún modo logrado arrastrar mi cuerpo para encerrarme de nuevo en este bunker. Una gruta moderna construida para ser el depósito expositivo de obras de arte con renombre. He podido introducirme en sus bajos: los talleres de experimentación de jóvenes artistas.

Es la inauguración y apenas podemos vernos las caras. Hay una oscuridad infinita, el Hades o algún círculo dantesco: tinieblas, frío, tapabocas, obras encerradas y conservadas en una especie de parqueadero sin ventanas. Ya ni podemos vernos en los reflejos. Todos allí perdemos la noción del tiempo, como si este tuviera que ver con la luz y el contundente fenómeno del movimiento. Todo está muy frío. Es el experimento perfecto antes del apocalipsis, un intento de prepararnos para volvernos a comprimir dentro de nuestras propias burbujas.

Esta pareja de expositores-talleristas ha preparado el experimento perfecto: construir una bóveda de hojas para entender su revés, protegernos de los entes externos y, a través de la naturaleza, y prepararnos para el fin del mundo apreciando el universo. Apenas me voy acoplado y agradezco haber salido, no entiendo muy bien las palabras de los expositores, no leo sus labios, pero tocar las hojas e imprimir su nervadura sobre el papel con la tinta que vertimos sobre ella, permitió que entendiera lo que no podemos decirnos: esa palabra vital que llevan las cosas del mundo por dentro, la música que no pueden expresar y que tan sólo se ve al imprimirla, como la escritura.

Lo entendí como la niña, su expresión ya no es única, ya no es el nombre que pronuncian mis labios, es la acción y la sensación que me producen desde ella.

La agorafobia persiste.

IV

HABLAR EN LA DISTANCIA

Salir después de tanto tiempo cobró sentido. No fue tan apocalíptico. No destruí locales, ni casas, ni edificios o bancos después del desaprovisionamiento. No hubo muertos en las vías, aunque sí en las casas algunos que no los vimos. Desollamos las calles, las convertimos en un silencio a veces insoportable. Me encerré con el miedo. Un día dí un paso fuera de mi puerta y el adentro-afuera que ella representa, me hizo desvanecer en el pánico.

Decidimos en pocos días, en un mes exacto, alargar las distancias. No nos permitimos habitar en ningún lugar, solo en el interior, alejado de los demás. Algunos pudieron volver al afuera y aprovecharon ese intervalo para centrar el pensamiento en sí mismos. Otros, encontraron aún más ensimismamiento e ignorancia en lo ajeno para contemplar en el exterior la experiencia misma, el sentido de lo vivido o la inclemencia con la que fuimos lanzados a este mundo.

A mí, ese encarcelamiento me abrió una grieta más ancha que aquella que ya habíamos ungido. Fui estableciendo esa distancia con la naturaleza, levemente, de a pocos y sin darme cuenta.

A medida que crecía ese vacío y esa amenaza, las olas en mi interior se hicieron más grandilocuentes. De alguna manera me sentí segura en casa. Entre paredes se veía de lejos el rumor del virus. Ese inconmensurable abismo que hemos construido los habitantes de las ciudades con nuestro propio entorno, se juntó con la sensación de que todo afuera era amenaza, vida corta, no futuro.

El día que entré al bunker, esa mole modernizada del centro, justo en medio del barrio convertido en fragmento burgués de una ciudad española, —detención del tiempo entre la colonia y la ciudad—, percibí la amenaza más pequeña aunque contundente. Andaban alrededor mío puras intimidaciones de contagio que si bien eran intangibles e inasibles, podían ser certeras. Aún así, abrieron el museo.

La vida sigue y nada se puede quedar eternamente quieto. La mole moderna convertida en una completa paradoja. Se me asemeja a una especie de fuerte que tendríamos que ocupar con las cosas que añoramos del pasado y que ya no existen. He ahí el movimiento, la luz, el aire, la importancia de lo externo, de estar afuera. Salir nuevamente de la bóveda, hacer como si nada pasara, no poder reconocernos ni en el lenguaje porque no podemos vernos las bocas. Habitar un mundo cada vez más extraño y ajeno, y creer que podemos hacerlo como si nada pasara con quienes habíamos establecido un extremo alejamiento, una indiferencia excesiva que solo logramos percibir el día que nos fue arrebatada la libertad.

El espacio, solo, no significa nada, no tiene alma.

V

En el papel reza:
“Y me dí cuenta que esa bóveda celeste
era en realidad los agujeros de las hojas.
Mi atmósfera no era aire, sino de hojas.
Una foliósfera”

Bóveda: nuevamente esa palabra. Una bóveda celeste, pienso. Lindo nombre para el encierro. Dentro de ella sólo puedo contemplar el interior de las cosas, su nervadura y entramado, las costuras que celosamente no deja ver en el exterior. Las cosas, tal cual las vimos en nuestro confinamiento, en su interior, guardadas, con mayor detalle. Días atrás había admirado al asomarme a la ventana, de pie, con esfuerzo, había sentido el silencio del mundo. Un silencio que a veces se tomaba verde, a veces pájaro.



Dentro de la bóveda en la que me encuentro ahora, también hay un aislamiento. La cúpula nos impulsa a contemplar el revés de las hojas, los artistas han generado una especie de nave dentro del bunker que más que espacio de arte, parece el refugio a donde hemos venido a resguardarnos todos. Las hojas a su revés ocultan otro mundo; los artistas hablan de cartografías, de recorridos de la savia, el sol, la lluvia, el tiempo y el recorrido que ha pasado por su existencia.

Han querido que veamos esos caminos como mapas. Veo agujeros, veo cicatrices, hendiduras que se han forjado al desprenderse y descomponerse de su tronco base.

En la bóveda hay un momento de recogimiento. Contemplar la nervadura de las hojas me hace pensar en lo que ocultan los árboles, las plantas y el follaje de los bosques, lo que aún guardan las cavernas de las montañas la profundidad de lagunas y desiertos.

El territorio aún indescifrable de la maleza, hondo verde que se conserva en las selvas, el agujero negro que habita en lagos, los secretos guardados de los jardines, el silencio insondable de páramos o el feroz ruido de las cascadas que no podemos escalar.

En ese misterio profundo, se encuentra el reconocimiento de lo minúsculo de la humanidad.

Nos hemos dedicado como dice John Fowles² a clasificar, catalogar, nombrar, desmembrar, justificar y podar cada especie o ser sintiente de la naturaleza en ese afán de poseer el todo por el todo. Nos olvidamos del territorio inmenso que esto representa. Del conjunto que es el órgano de la naturaleza, de lo vasto de su extensión y lo inabarcable o inatajable que nos resulta —a veces— el caos absoluto que está afuera y que no podemos controlar.

Sentada allí, bajo esa arquitectura pensada para ser habitada por hojas, contemplo un territorio que es la misma hoja, las cicatrices de sus nervaduras. Se podría pensar que son caminos andados por el tiempo, planeado por la misma ramificación del árbol y en ellos una representación de lo recorrido, no por el movimiento sino por el crecimiento. Pienso dentro de esa contemplación que después de tanto tiempo me siento al fin, resguardada, tengo la posibilidad de otro refugio, aprendo a salir, rompo la distancia.

Lo que me permitía, ahora, empezar a ver esos caminos tan perdidos detrás de las hojas era esa instalación en un lugar dispuesto para la experimentación, el arte de lo sensible y de la percepción, esa suerte de experiencia estética en la que nos encontramos sin darnos cuenta porque el contexto lo permite- en las salas de arte, el museo o las exposiciones.

La experiencia completa de la naturaleza es artificial mientras no convivamos a diario con ella, mientras no aprendamos a sentir realmente qué significa esa fuerte realidad de su presencia. Pienso esto mientras miro hacia arriba, la real experiencia estética de la naturaleza, de su real sensación o percepción no se vive sólo en la representación o en su contemplación como en el arte, sino a través de ella, en los pequeños instantes en los que logramos penetrar sus venas.

Es irónico que esté acá metida, luego del profundo sueño en el que se enfrascó mi padre., después de haber revolcado su gabinete de recuerdos inventados. He decidido salir y ahora ando aquí dentro de esta semiesfera. Semi-envuelta por hojas gigantes que he tejido con mis propias manos para crearme un refugio: envuelta en medio de la naturaleza dentro de un búnker.

Entre este andamiaje construido por artistas, un domo que simula lo natural entre la mole de cemento impuesta por el museo, sin el reflejo donde todos los días me veía en mi ventana, viendo hacia afuera.

² Fowles, Jhon, *El árbol. Un ensayo sobre la naturaleza*. Tercera Edición. Ed. impedimenta. 2018. Madrid.

VI

Salir, luego de meses en el encierro, no fue fácil.

Salir nuevamente a la calle, no fue evidente. Encerrarse tal vez tiene algunos privilegios.

La sensación de salir en lapsos de no más de diez minutos, evitar la presión de asistir a los grandes eventos, al movimiento frenético del mundo, apreciar la calma y la inmovilidad, apaciguar la sensación de que todo transcurre afuera y me lo estoy perdiendo. Había comenzado ya a paladear esa sensación, regodearme en el pasaje del tiempo interior, ver pasar alguno que otro carro en la distancia, escuchar, no hacer nada, volver a la escritura por momentos.

Todo ese placer me había invadido de repente. Empecé a recorrer los museos del mundo desde la pantalla, caminé y escribí sobre ellos. Ví lugares desconocidos: volcanes, desiertos, carreteras vacías, salas de arte, estudios de artistas, talleres, presentaciones de uno y otro y otro libro. En algún momento me había resignado en el fondo. También era una sensación de alivio. Volver a lo que por tantos años me había interesado, la posibilidad de escribir sin que esperaran algo de mi a cambio.

Salir, luego de meses en el encierro.

Había ganado una beca para escribir sobre los relatos de las exposiciones y estaba ahora, sin darme cuenta, siendo víctima de mi propio invento. Culpable de mi propia agorafobia o síndrome de la caverna. A muchos el encierro los había convertido en otras personas, violentas algunas, introvertidas, otras. Escaparon como recurso a la naturaleza. Incluyeron por fin la sensación de querer estar en contacto. Otros, tan solo pudimos conformarnos con la sensación de algunas hojas muertas en el parque. A mi me invadió el efecto de un narcótico.

Empecé a sentir un bálsamo interior, una especie de droga provocada por el no contacto con el mundo: una especie de tranquilidad. La tranquilidad del fin del mundo.

Nada va a pasar, igual, si estoy aquí sentada. Contemplando.

A pesar de esto, sentía cierta envidia por esa posibilidad del contacto con la naturaleza dentro del mismo aislamiento. El laboratorio entonces, se convirtió en otra salida. La salida del experimento. Prometía algún contacto, así fuera mínimo con la experiencia del otro. Sentirlo, desde su intimidad, en nuestro propio encierro, en el espacio del bunker, donde sonaban atrás las máquinas.

¿Cómo logramos los ciudadanos, o mejor, los ciudadanos, acercarnos realmente a la sustancia de la naturaleza? ¿Cómo volver a sentir como mínimo una hoja revoloteando en la mano, una textura, un olor cercano que no se produzca en la habitación interna?

El laboratorio prometía una impresión de hojas, la construcción de un semi-refugio donde veríamos la bóveda del universo, a través de los pequeños puntos rotos de la hoja. El contacto no fue el mismo, no fue tan íntimo o tan intenso como cuando nos refugiábamos en el bosque o nos sentimos acechados por el animal feral que es la propia naturaleza.

Dentro de un bunker cerrado y sin reflejos del paisaje en la ventana todo es lo contrario. Pero el encierro mismo y la no posibilidad de sentir el exterior posibilitan de otra manera la compenetración con los otros. Tocar las nervaduras, inmortalizar las hojas en el papel, revivir las flores dentro de otra esencia permitió el contacto interno de lo que nos fue arrebatado. La

distancia a la que me acostumbré tanto por algunos meses se convirtió en la hojarasca, la distancia a la que nos habituamos, ese encierro y la angustia por la presencia del otro fue cambiando de repente. El abismo se acortó por unos minutos. El acercamiento con lo sintiente se volvió de repente el contacto apropiado para volver a sentir el placer estético de lo salvaje.

VII

En medio de la foliósfera logro recuperar un poco de contacto con lo que por casi un año me ha arrebatado el miedo. Aunque es contradictorio recuperar lo que nosotros mismos hemos robado. Palpo las hojas secas sintiendo su nervadura, lo que significaron en una hojarasca, su poder dentro de un tronco conformando una unidad y dentro de otro territorio.

Si veo con mayor detenimiento todo está interconectado. La invasión que nos permitimos en los ecosistemas, la intención de comerme al otro; la irrupción humana sin tregua en la frondosidad o en los terrenos agrestes y vacíos, hace que hoy tan sólo podamos entrar en contacto con ella dentro de un búnker. ¿He logrado permanecer en una sensación con la naturaleza dentro de ese búnker? ¿Cómo vivir la experiencia de la naturaleza sin estar realmente en ella? ¿Cómo experimentar la potencia que ella significa en elementos aislados, en hojas caídas y ya muertas?

Me imagino viviendo en la hojarasca, refugiándome simplemente entre palos, tallos, troncos, flores, residuos de árbol o de pájaro. Me divido entre ese sueño profundo, una alucinación completa, estar aquí o estar allá y me imagino dentro del bosque, en su enorme e infinito caos y al mismo tiempo sin querer tocar nada para no alterar nuevamente todo. Penetro el monte, volvemos a modificar todo, nos apropiamos del perfecto desorden que se esconde detrás de lo que pretendemos clasificar. La maleza, así lo deseemos, no nos pertenece.

Así lo expresa Fowles en su libro, "...debo confesar que mi interés real se centra más en la composición que forman los árboles en su conjunto, en los complejos paisajes internos que se crean cuando crecen a su antojo en cualquier paraje. En ese organismo colonial, ese coral verde que descubro en los bosques o en las arboledas, reside para mí el auténtico significado de la experiencia, de la aventura, del placer estético."³

Creo que incluso podría hablar de la verdad... La evolución ha hecho del hombre una criatura que aísla y divide todo lo que le rodea. Contempla a los otros seres de la tierra no solo desde una perspectiva puramente antropocéntrica sino también por separado, proyectando así la forma en que desea pensar en sí mismo.

Si hubiera una nueva posibilidad de relacionarnos con la naturaleza, lejos de invadir, contemplar y organizar según nuestros parámetros ¿Una relación estética? —Me pregunto—, ¿menos utilitarista, jerárquica y dominante? Para entender un universo tan extraño y diverso, para habitar otro mundo, ¿habrá siempre que colonizar lo desconocido?

³ Fowles, Jhon, *El árbol. Un ensayo sobre la naturaleza*. Tercera Edición. Ed. impedimenta. Madrid. 2018. Pag.33

VIII

Tomo una hoja y vuelvo al follaje que me ofrece la foliósfera. Escampo en medio de ese mundo aún desconocido entre el bunker. De mi delirio me extrae el laboratorista, que aparece en la mesa de experimentación detrás de la entrada.



—Monstruosa—, le digo, mientras palpo la hoja gigante que han traído hasta la mesa.

—Monstrera—, dice él.

—¿Cómo podríamos sentir verdaderamente a las hojas?

—Podríamos empezar, —increpa— por detectar sus nervaduras, que actúan como nuestro sistema, transportan el agua y los minerales de cada planta, la salvia producida por la fotosíntesis. Las podemos también transformar en otras hojas, mimetizarlas, fosilizarlas entre un papel. Eso aprenderemos hoy.

—Se ha alargado la distancia, ¿no crees?

—¿De qué me hablas? ¿las reglamentarias entre nosotros mismos?

—No. No solo esa. Pero, sí, también esa, tal vez. Usar vestidos antifluidos, mascarillas, tapabocas, hasta palos de selfie para distanciarnos.

—También aquel vacío establecido con la naturaleza y por qué no, con el arte, —responde él—.

Sentir esta nervadura acuclillarse debajo de esta cápsula semi-circular, venir a hacer los laboratorios con ustedes, escuchar estos sonidos que producen los artefactos artísticos desde el otro lado.



Me conduce hacia el otro extremo del espacio, nuevamente en la bóveda que ellos llaman celeste, empieza a tejer conmigo las hojas gigantes: monstreras, yarumos... para seguir cubriendo el velo por donde se pueden ver los pequeños círculos que les ha formado la sequía. Las agrupamos y me muestra las hojas aterciopeladas y grises de los árboles gigantes que ahora abundan en los patios y entradas de espacios de arte. El aire es frío y seco. Se siente el encierro. Todos seguimos distanciados con miedo tal vez al contagio.

—¿Cómo vamos a acercarnos nuevamente?

—Siéntate aquí y teje esta hoja conmigo. La idea es que queden unidas entre sí, restauradas.

—Como si volvieran a estar en el árbol—, repuso.

—Sí. Aunque estas han caído por su voluntad. No las arrancamos, las recolectamos por toda la ciudad. Ahora se unen nuevamente para dar otro refugio.

El artefacto, que interrumpe la entrada hacia el fondo, donde se escuchan ruidos de máquinas creadas por otros jóvenes, nos recuerda que en medio de un búnker la naturaleza puede salir triunfante. Seguimos hilando las hojas, como estableciendo un vínculo y se une otra mujer participante, cosemos la una a la otra, nos entrelazamos a través de las hojas, desde el desconocimiento pero con la curiosidad de lo que pasa si restauramos la naturaleza que llevamos dentro. Entonces, la foliósfera, el domo, sigue expandiéndose y transformándose, dejando de ser menos artefacto.

—¿Por qué foliósfera? preguntó intencionalmente.

—Porque hemos querido que vivan un momento como en un pequeño jardín. Pensar en lo pequeño y al mismo tiempo alzar la mirada para ver el universo que salta entre las hojas.

—¿Detrás de las hojas?



—No. Responde confiado. En las hojas, en las oquedades que se han conformado, que permiten introducir la luz por la esfera y representar el universo completo en las nervaduras de las hojas disecadas.

—Ver en lo pequeño el universo —replico—.



Entonces, la experiencia estética por fin sale. Creemos muchas veces que está en el arte, en lo que produce una pieza sin entender muy bien el porqué. Aquí, en esta mole vacía, seca y asfixiante, en medio de tapabocas, con la distancia creada por nosotros mismos, y la externa, la reglamentaria, se ha llegado a vivir la naturaleza misma en un instante. Fantasear con ese caos que nos promete la maleza, como dice Fowles y disfrutarlo.

Sentir, acortar en lo sintiente, la distancia, ahogar el vacío del abismo aún en este desafecto infame.

—Puede ser o así es. Tú eres la que escribe. —Respondió él.

—Es cierto, —replicó— escribo porque por fin he salido.